

Agua limpia y pura tras abrir el grifo.
Quedó atrapada en la oscuridad
y ahora sale de su escondite,
las tuberías,
a ver la luz frente al espejo.

Sonido sereno, constante,
que se recoge en la bañera,
como si de un guante de plata se tratara
acogiendo en su palma a la delicada
flor de la vida.

Ya rebosante en sus extremos,
el agua
es frenada.
La fuente que escapaba,
impetuosa,
de la oscuridad de antaño,
cambia y se convierte
en simples gotitas de libertad.

Se respira armonía
cada vez que una cae,
se une a sus hermanas
y juegan alegres con las ondas.

Van.
Vuelven.
Se hunden.
Y al igual que estas
la magia del agua
desaparece.

Un temblor
seguido de un orificio
abren la salida de la calma.
Con pausa,
magestuosamente,
un adiós a las luces,
una lagrimilla del grifo.

Comienza un torbellino
uniendo superficie con fondo,

inicio con final.

Avanza el agua,
sin miedo a perderse.
Y en círculo hacia el agujero negro
sigue el camino de no retorno
hacia la oscuridad del inicio.